

Espacios recorridos: una concepción dinámica del territorio entre los nahuas de la montaña de Guerrero

Françoise Neff Nuixa*

Los hombres definen su territorio por las relaciones particulares que mantienen con el espacio en el cual se inscriben y del cual forman parte. Dotan de significación a ciertos lugares y los asocian en redes en las que relaciones sociales y concepciones cosmogónicas están íntimamente conjugadas. Esos lugares están integrados en recorridos dentro y fuera de los pueblos nahuas, mixtecos y tlapanecos de la montaña de Guerrero y son objeto de visita en ciertos periodos del año, como es antes de la llegada de lluvias o al momento de las cosechas, cuando empieza la sequía. En esas ocasiones, comitivas con bandas van al encuentro de los invitados de los alrededores, en los límites del pueblo, en el cruce de los caminos, en las orillas del río y los acompañan hasta la casa de los mayordomos donde se les ofrece comida, bebida y lugar donde descansar. Los santos, el teponaztle o los ídolos cargados en las procesiones, recorren las calles, hacen paradas en las cuatro esquinas del pueblo, visitan casas y capillas, acompañados por las danzas y la música que los precede y los honran. Visitan también los pozos, los tanques de agua, las ceibas o los ahuehuetes.

Los puntos de encuentro se sitúan también afuera de las aldeas, en la cima de los cerros a los que los pueblos vecinos acceden por distintas vertientes, en las grutas o cerca de grietas en la roca, en las barrancas, en los nacimientos de agua donde se erigieron cruces, se amontonaron piedras o donde se encuentran árboles (cruces verdes). El recorrido de esos lugares, frecuentemente localizados hacia los cuatro puntos cardinales que rodean cada pueblo, se realiza en varios días.

Esta compleja geografía se extiende no solamente en la superficie de la tierra sino también en el subsuelo que está atravesado por galerías transitadas por los elementos naturales.

*ENAH/INAH

Espacios en movimiento

Los recorridos de los hombres siguen antiguos caminos que permiten reanudar lazos entre pasado y presente. En las fiestas se reinician trayectorias que habían sido plasmadas en documentos¹ que describían o representaban el recorrido de las mojoneras por los fundadores de los pueblos.

Esas representaciones dinámicas del espacio están orientadas, tienen un camino de ida y un camino de regreso distintos y no se dibujan como líneas continuas sino como una sucesión de huellas que indican el lugar de donde vino y hacia donde fue el que las dejó. El camino está representado en forma dinámica, está constituido por la interacción entre el espacio y quien lo atraviesa dejando la marca de su presencia, la huella de sus pasos.

No existe una visión estática de la superficie del mundo, el espacio está íntimamente ligado a su recorrido por lo cual se mide con unidades temporales más que espaciales. Cada lugar significativo constituye un punto de parada que se sitúa en el curso de un recorrido. Podríamos decir que no hay conocimiento sin el recorrido que se hace para que se dé un encuentro, como no hay existencia sin movimiento. El mundo, lejos de ser inanimado, estático, constituido por una materia inerte, destinado a la perennidad, es un mundo en acción, sometido a cambios constantes. No se opone a un sujeto que por ser consciente de su existencia se considera dotado de un «libre albedrío» que le permitió justificar a lo largo de la historia occidental su apropiación, su dominio de un mundo objetivado. Sino que mundo y hombre están en relación de interlocución. Se visitan los lugares como se visita a las personas y se escuchan con particular atención sus más tenues manifestaciones, sus silbidos, sus gruñidos, sus tonos graves o agudos, sus silencios.

Al pensar el mundo en términos de movimiento y de acción, las categorías de animado e inanimado pierden su validez. Efectivamente cualquier objeto está sometido a un desgaste más o menos intenso por estar en interacción recíproca con otros objetos. Así la tierra está marcada por los roces, los golpes de pasos y los encuentros múltiples.

La representación del espacio

La figura de la migración está siempre presente en las historias de fundación y de delimitación territorial, los documentos sobre este tema abundan tanto

¹ *Hacia una historia del espacio en la montaña de Guerrero*, CEMCA, CIESAS, 1995; Joaquín Galarza, *Lienzos de Chiepetlan; Manuscrits pictographiques et manuscrits en caractères latins de San Miguel Chiepetlan, Guerrero, Mexique*, Mission archéologique et ethnologique française au Mexique, México, 1972. Ver también el trabajo de recopilación de documentos de Blanca Jiménez y de Abel Barrera.

para el área maya como para la nahua. La migración de esta última población del altiplano central hacia la montaña está atestiguada en documentos escritos o reproducidos de los siglos XVII o XVIII. Estos relatan la fundación de una serie de pueblos nahuas que conforman una línea fronteriza con las poblaciones tlapanecas y mixtecas. La tradición oral conserva también la memoria de los desplazamientos de los antepasados desde México-Tenochtitlan hacia el sur.

Esos documentos parecen pertenecer a una tradición narrativa antigua y constituir un género particular que aún no ha sido analizado.² Efectivamente estos documentos y los relatos que cuentan la migración de los aztecas desde Aztlán hasta Tenochtitlan poseen una estructura narrativa comparable. Se presentan como la relación de las etapas de un recorrido que se realiza desde un punto de partida (en el caso de la montaña se trata de México) hasta un punto de llegada: el pueblo fundado. Se puede notar también, una cierta homología en la conformación espacial de los dos puntos: los migrantes buscan instalarse en un lugar idéntico al que dejaron, un lugar rodeado de puntos de agua, cerros, ciénagas o manantiales y en algunos casos poseen una pareja de cerros comparables al Popocatepetl y al Ixtaccíhuatl. Así, Aztlán era conformado por una isla en medio de una laguna, como México. Los nuevos asentamientos, para que se respete la configuración geográfica del lugar de origen, deben erigirse en sitios rodeados de agua.

Para cada etapa del recorrido, los documentos mencionan el nombre del lugar e indican la duración de la estancia en el mismo. Cada determinación espacial está acompañada por una marca temporal.

*Nima onpa oquisque omotlalico tepetlixpa opa oquichihuique 8 xihuitli.*³

Salieron de este lugar, finalmente descansaron en Tepetlixpa, quedaron ahí ocho años.

Podrían ser varios los motivos de esas estancias. Uno, sugerido por D. Dehouve, es la técnica de cultivo del tlacolol que agota la tierra y requiere de la búsqueda constante de nuevos campos. Lo que podría explicar que esas poblaciones hayan sido seminómadas. Otro motivo podría ser la necesidad

² Ver William F. Hanks, *Intertextualité de l'espace de Yucatan*, L' Homme 122,124, avr.-déc. 1992, XXXII (2-3-4), pp. 53-74; Roberto Flores, «La semiótica y la historiografía de lengua náhuatl: ¿relato de acciones o identificación de personajes?», en *Cuicuilco. El tiempo y las palabras*, Nueva Época, volumen 1, número 2, septiembre-diciembre 1994, pp. 51-63 .

³ Marion Oettinger y Fernando Horcasitas, *The lienzo of Petlacala. A Pictorial Document From Guerrero, Mexico*, The American Philosophical Society, vol. 72, part 7, Philadelphia, 1982. Este texto se encuentra en otro documento que está siendo estudiado en una investigación que realiza Abel Barrera.

de establecer bases fuertes a lo largo de los caminos para asegurarse un paso constante, por las vías de comunicación reconocidas. Las estancias de varios años permitían, sin duda, realizar alianzas con pueblos vecinos y establecer lazos familiares que garantizaban deberes de intercambio con los migrantes que abandonaban el recorrido y se quedaban en cada etapa. Los caminos aseguraban la posibilidad de transitar o de reclamar tributos en razón de las relaciones establecidas por la migración. La trayectoria representaría entonces los lazos entretejidos por varias poblaciones y su memorización, una historia de dependencias mutuas entre los distintos puntos del recorrido.

Así, la repetición de topónimos, más allá de la referencia a un recorrido mítico desde un centro de poder con el cual se hubieran mantenido lazos de subordinación, trazaría una geografía que podríamos calificar de político-familiar. La estancia de los migrantes en cada una de las etapas sucesivas es suficientemente larga para que nuevas familias hayan podido formarse acrecentando la población local. El establecimiento de algunos familiares en cada lugar creaba relaciones de dependencia y el recuerdo de las etapas del recorrido podía tener como función mantener vivas estas relaciones entre el lugar de llegada y los lugares intermedios.

En época de fiesta, la entrega de comida y la hospitalidad siguen constituyendo uno de los deberes fundamentales de los mayordomos, renuevan lazos enajenables entre los invitados que vienen de afuera y los moradores. En alguna ocasión, los principales recuerdan que todos se reúnen para trabajar conjuntamente para el bien común: la fertilidad de la tierra, de los animales y de los hombres. Las series de topónimos trazan caminos que fungen como cadenas de obligaciones recíprocas, a partir de la creación de lazos familiares. Los puntos de partida y de llegada son rectores por estar establecidos a partir de un esquema espacial (tierra rodeada de agua), parecido a la conformación del mundo.

Lugares invitados

De esos documentos tomaremos el ejemplo del *lienzo* que se encuentra en el pueblo de Petlacala y que cada año se expone en altares domésticos o en la cima de los cerros durante el ritual para la recepción de las lluvias.

Este lienzo relata las 24 etapas de la migración de sus fundadores desde México-Tenochtitlán hasta Petlacala. Se suceden tres versiones con variaciones en el borde exterior⁴ y sigue la narración del recorrido de los *momoztles*, límites territoriales y puntos de encuentro con los pueblos vecinos que rodean

⁴ Tomaremos el *lienzo* tal como fue pintado por Agustín en 1953 sin entrar en el problema de la autenticidad de la reproducción del lienzo anterior. Ver a D. Dehouve, *op. cit.*

Petlacala representados y nombrados en el borde interior. Las dos narraciones parecen tener continuidad,⁵ desde la partida de México-Tenochtitlan, con diferentes etapas, hasta llegar a Petlacala donde se realiza un recorrido para nombrar las mojoneras que rodean el pueblo. En el centro del lienzo están pintados, frente a frente, Carlos V y tres dignatarios indios, abajo se ve una casa de tributos guardada por una mujer.

En la cima del cerro denominado *Coaputzaltepetl*, el rezandero extiende el lienzo en la base de cemento de una cruz que se erige en medio de un círculo amplio delimitado por quince piedras que representan los *momoztles* de Petlacala.⁶ Al pie del lienzo se depositan velas, incienso y 24 platillos con mole, tamales, tortillas, vasos de chocolate. A cada topónimo del lienzo, a cada lugar de asentamiento durante la migración, corresponde una ofrenda. Al parecer, es el lugar de fundación, el objetivo final de la migración el que recibe a los lugares intermediarios. Estos están inscritos en la red de los pueblos invitados para conjuntar sus esfuerzos y «trabajar el cerro» retomando la expresión utilizada por el rezandero. Las quince piedras del círculo que rodea la cruz y que representan algunas de las mojoneras pintadas en el lienzo, reciben también cada una su ofrenda.⁷ No haré aquí una descripción más extensa del ritual, ya que la hice en otro momento.⁸ Con este ejemplo quería mostrar que a través de la denominación de los lugares cristalizan numerosas relaciones de interdependencia, redes de circulación de los hombres y de los bienes. Se reverencia a los lugares que se sitúan en el itinerario de un recorrido y como invitados de la fiesta reciben ofrendas y comida. Su representación en documentos, bajo la forma de listas de nombres o dibujos, de pictogramas o en los espacios rituales por piedras o petrograbados, tiende a multiplicarlos a distintas escalas, como si la conformación espacial se realizara simultáneamente en diferentes niveles integrados unos en otros. En este caso, el lugar de origen, los lugares intermediarios, los lugares circundantes, el lugar de llegada están representados a la vez en un espacio móvil, el lienzo, y en uno de esos lugares, la cima del cerro que domina el pueblo. Ahí, la representación permite traerlos al presente y constituirlos en interlocutores al alcance de la voz del rezandero.

⁵ Se encuentra el mismo esquema de recorridos en los *Lienzos de Chiepetlan*. Ver el trabajo de interpretación de Galarza, *op. cit.*

⁶ Oettinger y Horcasitas, *op. cit.*

⁷ Ofrendas como las cabezas de chivo se entregan al fuego y un tamal en forma de culebra y cigarros, al arco iris-culebra *Cocosematl*.

⁸ Françoise Neff, «Nommer l'espace: une carte pour demander la pluie dans un village nahuatl au Mexique», en *Territoires et religions*, ed. L'Harmattan, Paris, 1995.

El tiempo del recorrido se calcula como la suma de las diferentes estancias. Se señala que la trayectoria realizada por los migrantes hubiera podido efectuarse en un tiempo menor, sin tantas paradas. Pero no se realizó en línea recta, y el objetivo de la migración no fue llegar lo más pronto posible sino que el recorrido tomó la forma de una búsqueda.

Una referencia al tiempo de estancia acompaña cada topónimo. Este se calcula a partir del momento de la parada, no hay referencias al tiempo que dura la caminata. El recorrido no es, en sí, objeto de cálculo, parece más bien tener valor en función de sus destinos intermedios y final. La cuenta del tiempo está ligada a la estancia y responde a una preocupación constante.

La variabilidad de un texto a otro vuelve difícil la interpretación de esas cifras, nos permite deducir recurrencias de orden calendárico. Sin embargo, si nos referimos a los textos de la migración desde Aztlán hasta Tenochtitlan, podemos ver que la significación calendárica está señalada. Las paradas se realizan por números de años significativos.⁹

Las paradas de los hombres se hacen al ritmo de los meses o de los años, y los topónimos dejan huellas en la tierra de un conteo calendárico.

La necesidad de realizar etapas podría entenderse también a la luz de algunos ritos de curación, como lo veremos posteriormente: se considera hoy todavía que un viaje demasiado rápido, a través de grandes distancias, pone en peligro la salud, la *sombra* componente de la identidad puede quedarse en el camino absorbida por los lugares atravesados y no reintegrarse al cuerpo con el cual está asociada.

Espacio-tiempo

Como vemos, tiempo y espacio están intrínsecamente asociados. El tiempo es considerado como un recorrido en el espacio: el tiempo es el recorrido del sol a través de la bóveda celeste y del lado oculto del mundo. El recorrido de los hombres en la tierra permite medir el transcurso del tiempo de un punto a otro y podemos plantear la hipótesis de un modelo de desplazamiento ritual en forma calendárica.

⁹ En la *Crónica mexicana*, encontramos la siguiente notación: «y en las partes que llegaban si les parecía tierra fértil, abundosa de montes y aguas hacían asiento cuarenta años, y en partes treinta, otras veinte, o diez y en otras tres o dos y un año, hasta en tanta disminución que de veinte días luego alzaban el barzo, por mandado de su dios Huitzilopochtli». En la *Crónica mexicayotl*: «y por eso es que se dijo que se tardaron mucho en el camino al venir acá, cuando anduvieron por todas partes, por cuantas tierras hay, los ancianos mexicanos, habiendo ocurrido su "atadura" de años en cinco partes del camino cuando llegaron a Tenochtitlan». Ese tipo de referencias al tiempo que duraron las migraciones se podrían multiplicar.

Al asociar el recorrido con el tiempo entramos en una dimensión espacio-temporal. De ahí la impresión de ahistoricidad de estos relatos que a pesar de las referencias numéricas y geográficas de cada etapa de la migración, que producen un efecto de realidad, son considerados, por buen número de autores, como míticos. Efectivamente asistimos a una especie de superposición del pasado y del futuro, lo que crea formas narrativas parecidas a un palimpsesto. Un recorrido puede ser otro recorrido, es decir, se realiza siguiendo huellas de un camino ya trazado, sin embargo será siempre distinto en la medida en que forma parte de un conjunto distinto de acontecimientos y que deja otras huellas para un recorrido posterior. Coexisten el reconocimiento y la creación. Se puede seguir y divergir simultáneamente, retomar lugares del pasado y estar presente en el surgimiento del acontecimiento.

Los lugares por donde pasan los vientos

Las listas de topónimos no se encuentran solamente en los relatos de migración o de delimitación territorial, están presentes en numerosos rezos que el *tlamaquetl* pronuncia cuando espera la llegada de las lluvias. Recorre entonces virtualmente los espacios donde se forman las nubes y por donde pasan los vientos. El lugar adquiere importancia por su interferencia con fuerzas en movimiento que lo transforman. No se nombra por su inamovilidad sino por ser lugar de paso. Los elementos que lo atraviesan, llanuras, cerros, barrancas, guían el camino, orientan en el andar.

Retomaremos el ejemplo de Petlacala: el rezandero evoca el recorrido de las nubes, enumera los lugares por donde van a pasar antes de llegar a las tierras de Petlacala.

En la cima de un cerro llamado Chichitépetl, lugar por donde llegaron los ancestros-fundadores del pueblo, según la tradición oral, el rezandero mira las gotas que caen hacia la tierra, desde una ramita de ahuehuate que mojó en aguardiente y canta evocando uno por uno los cerros importantes no solamente de la región sino de todo el país. Después de la invocación a cada cerro, la banda del pueblo retoma la melodía del canto y guía el ritmo del paso de las mujeres coronadas con ramas de *ahuehuate* que bailan alrededor de la plataforma ceremonial agitando ramas de este mismo árbol. El canto sigue el recorrido de la neblina que se junta para formar las nubes y de los vientos que lo empujan hacia los cerros.

Umpa tlapetlanes Cempoaltepetl
umpa tlacomunes tlatecuini

unca ya uiuiste in pipiltin

Allá donde está agitado, en el Cempoaltépetl
allá donde retumba, (ahí por donde está viniendo el agua),
ahí donde van a venir nuestros hijos (la neblina).

En cada estrofa, el rezandero invoca un nuevo cerro, añade u omite cerros según las circunstancias, la lista varía de un año a otro, sin embargo, algunas invocaciones son constantes como al Popocatépetl o al Pico de Orizaba, a los cuales se atribuyen títulos de gobernador o de presidente, estableciendo una jerarquía. Daremos un ejemplo de esta lista de topónimos:

Tampoltsi, Cempoaltepetl, Sachocotepetl, Yeyecatepetl, Tlastlachaloyantepetl, Matsumpantepetl, Istacihuatl, Orizaba, Cerro Escalera, Tlasolteotl gobernador, Cerro de la Cruz, Chilpancingo, Iguala, Tompantepetl, Cerro Petaquilla, Cerro de Mazatlán, Alcececatepetl, Corral, Tlacoapatepetl, Topiltepetl, Tlayoltepetl, Popocatépetl, Cerro del Venadito, Colocatepetl, Tonaltepetl, Pochahuistepetl, Nahualtepetl, Tetlhuéhuentzi, Cerrito Sombrerito, Tepetlvelero, Petlehuentzi, Cerro Santiago.

La relación de los cerros puede ser circular, la lista termina entonces con la invocación a los primeros.

Las nubes empujadas por los vientos, como los hombres, recorren el mundo señalando su presencia a través de múltiples indicios. Cada punto de su recorrido es importante para asegurar su llegada hasta Petlacala donde, al toparse con los cerros, se transforman en lluvias que los vientos riegan de manera equitativa sobre todas las tierras.

Lugares de arriba y santos de abajo

Vimos que los lugares que rodean Petlacala están presentes en el lienzo en forma de pictogramas, de círculos de piedra en la cima de un cerro, están también presentes en el centro del pueblo, en la iglesia.

En Petlacala se encuentran veinte imágenes de santos dispuestas de un lado y del otro del altar, cada una corresponde a un paraje. Cada paraje está marcado por una cruz que se baja en la iglesia cuando llegan las lluvias. Cerca del portón, en la pared, una hoja de papel muestra la relación de los mayordomos de cada imagen. Se asigna uno o dos nombres de lugar a cada santo, por ejemplo:

Virgen de Guadalupe patrona	<i>Tlalchichilcamac</i>
Padre Jesús	<i>Tehuaxtepec y Ahuatepec</i>
San Juan	<i>Cuahuitzin</i>
Señor de la Expiración	<i>Tzozmatepetl</i>
La Trinidad	<i>Campo santo viejo y Chapultepec</i>
San Marcos	<i>Tlacojcomonca y Tenecpachtitlan</i>
La Concepción	<i>Xonacayo y Petlcaltepetl</i>

Un cierto número de esos lugares se encuentra en el lienzo a lo largo del recorrido de las mojoneras que fijaban los límites del pueblo. Quedan por investigar las relaciones de significación que podrían existir entre el lugar y la características peculiares de cada santo.

El recorrido de los santos que los días de su fiesta dan la vuelta al pueblo parándose en cada una de sus esquinas, así como el recorrido de las cruces que se bajan y suben desde sus distintos parajes hacia la iglesia, contribuyen a multiplicar los circuitos que constituyen el espacio religioso.

Lugares peligrosos

Los lugares se nombran constantemente en los rezos que acompañan una ofrenda o una curación. La identidad se compone de una parte móvil que se puede disociar del cuerpo, la cual constituye la sombra. Cuando ésta no se reintegra al cuerpo la persona se enferma. Para reintegrar la sombra a su cuerpo el curandero la busca en el lugar donde se extravió. La curación se presenta como la búsqueda del lugar de la pérdida; al tirar los granos de maíz¹⁰ aparecen los espacios, cerros, ríos donde los aires malos jalaron la sombra hacia las profundidades de la tierra para nutrirse de ella. Para lograr reintegrar la sombra al cuerpo del enfermo se nombran los espacios, se reconstruye su recorrido. La sombra es la parte de la identidad que se puede extraviar, quedar en otros lugares durante los viajes, por eso es importante, como lo vimos, que se reintegre por etapas. En un desplazamiento existe siempre el riesgo de la disociación, lo que explica también las prácticas adivinatorias de medición del hueso que se pueden realizar antes de emprender viajes largos.

Paradas y encuentros

La parada es el momento de interrupción del recorrido, el momento de la designación. El lugar de la parada está marcado por la intersección de diversas

¹⁰ Ver ponencia de Marina Goloubinoff en el *Coloquio sobre Espacio de la montaña de Guerrero*, INAH, junio de 1995.

trayectorias. Las mojoneras están señaladas con las cruces de los pueblos más cercanos, son lugares de encuentro.

Los topónimos significan esos encuentros: el lugar donde los primeros rayos del sol alumbran el cerro, el lugar donde se escuchan truenos subterráneos... El hecho de designar, de nombrar, pone en evidencia esta marca de contactos entre diversos elementos presente en el paisaje y orienta la mirada haciendo visible para todos la lectura del mundo, reactivando el acontecimiento de compartirla.

La actividad de interpretar formas es constante. La humedad dibuja en la pared rocosa formas que dan lugar a la creación colectiva de imágenes. Al señalar su emergencia en la percepción de cada uno se conforma un espacio común de interpretación. Cada uno escoge manchas claras u oscuras que asocia en una visión efímera a la existencia en la roca de formas reconocibles, identificables más allá de la confusión de los vaivenes azarosos de los elementos. Los recorridos afuera de los pueblos favorecen el surgimiento de esas significaciones. La convivencia en la proximidad de los lugares de estancia de pequeños animales, hace surgir en los hombres la necesidad de compartirlos con ellos. En el cerro Chichitépétl, que domina Petlacala, al ver las huellas de un pequeño roedor que se instaló en una oquedad de la roca y la forma circular de líquenes oscuros encima y en medio de la bóveda, uno de los hombres reconoce una forma particular por su regularidad, y por ser un lugar de asentamiento, es decir, de protección de un animal. En este espacio convergen las miradas de los hombres que deciden celebrar con una ofrenda esta lectura compartida del mundo. Uno de los hombres pide a un niño que cubra la plataforma donde se encuentran los peregrinos para ir a conseguir cigarros y aguardiente, que se depositarán en este lugar de paso y de encuentro de los elementos, de los animales y de los hombres.

El mundo se lee, está constituido por signos que son las huellas dejadas por el encuentro de fuerzas en movimiento.

Las piedras que se reconocen como importantes son las figurillas esculpidas pero también las erosionadas por el viento y el agua que dejaron impresas en ellas sus formas dinámicas. No se establece una jerarquía de valor entre esos dos tipos de «ídolos». Hombres y elementos son creadores de formas en la tierra y en las rocas que atestiguan su paso.

Los lugares de culto pueden aparecer o desaparecer según las circunstancias. El agua y el viento desplazan la arena, la tierra, las piedras, las semillas, hacen aparecer o desaparecer objetos a la vista, como el campesino que al trabajar la tierra las encuentra o las oculta.

La narración de los recorridos realizados por los hombres durante sus migraciones, más allá del recuerdo del pasado, contribuye a guiar, a través de un sistema de huellas, los pasos del futuro. Los desplazamientos, las llegadas y partidas de asentamientos sucesivos han mantenido lazos con series de lugares que se reparten a lo largo de los caminos que tienen cabeza y cola, que se desenrollan tal como la serpiente en la superficie o en las profundidades de la tierra. Cada punto nombrado está constituido por la multiplicidad de los puntos de vista de los hombres, animales o elementos que convergieron en él. Por lo tanto, están en el centro de círculos virtuales, en la periferia de los cuales se realizan operaciones de multiplicación que van de la cuadratura del círculo hacia el infinito, el círculo mismo (por múltiplos de cuatro), como se materializa, entre otras manifestaciones, en las ruedas de curación.

Esos lugares de encuentro están también constituidos alrededor de un eje vertical, movimiento descendente, que absorbe los cuerpos hacia el subsuelo, o ascendente, que levanta el humo en espiral hacia el cielo. Es decir, los desplazamientos se realizan en todos los niveles del espacio y el encuentro es el momento de reorientación del movimiento.

El nombramiento de los lugares constituye una actividad continua que manifiesta el flujo constante de lo existente. El topónimo revela la interacción entre las fuerzas que labran el mundo, que lo conforman, ya sean animales, humanas, vegetales o naturales, todas tienen un impacto sobre el paisaje, dejan huellas, su paso es legible.